

El Luchador

Es un gran periódico. Aparece todos los viernes. Crítica, sátira, doctrina y combate.

La suscripción importa 3'50 pesetas semestre. Paquete de 20 ejemplares 2'00 pesetas y el número suelto 15 céntimos.

Se desean corresponsales en todas las poblaciones de España y América.

Administración: Calle del Guinardó, 37

AEP - CDHS
BARCELONA

Una obra excelsa

Lo es la escrita por Max Nettlau sobre la vida pura y sublime de Eliseo Reclus. El niño, el joven, el hombre, el revolucionario y el sabio están descritos bellamente por las tiernas y firmes manos de un maestro.

La obra consta de dos tomos de trescientas páginas cada uno, a 3'00 pesetas. No hay necesidad de que se adquieran los dos a la vez. Es el libro más barato y el más hermoso que ha editado «La Revista Blanca». Lleva los retratos del autor de la obra y del que la vivió.



DOS HERMANAS

AEP - CDHS
Por MARTA ESPINOSA

Núm. 298

15 Cénts.

Marta Espinosa

Dos hermanas

1. *Mi amigo Julio*, de Adrián del Valle.—2. *Florecimiento*, de Federica Montseny.—3. *Abnegación*, de José Sanjurjo.—4. *¡Hermanos!*, de Salvador Cordón.—5. *Las santas*, de Federica Montseny.—6. *Mi hermana*, de José Martín.—7. *El redentor*, de Isaac Pacheco.—8. *¡Engañada!*, de Federico Urales.—9. *El cacique*, de Barthe.—10. *Jubilosa*, de Adrián del Valle.—11. *El hijo de nadie*, de Federico Urales.—12. *El amor nuevo*, de Federica Montseny.—13. *El arreo*, de Solano Palacio, y *Al jabalí*, de Salvador Cordón.—14. *Madre*, de Antonia Maymón.—15. *Náufragos*, de Adrián del Valle.—16. *Redimida*, de Fernando Claro.—17. *Amor maldito*, de Federico Urales.—18. *Madrina de guerra*, de José Martín.—19. *¿Cuál de las tres?*, de Federica Montseny.—20. *El hereje*, de José Sanjurjo.—21. *La bella aldeana*, de Federico Urales.—22. *Luz en las timieblas*, de F. Caro Crespo.—23. *¡Madres!*, de Rogelio Arnau.—24. *Los hijos de la calle*, de Federica Montseny.—25. *Esclavo de su culpa*, de José Castells Serra.—26. *El pecado de amor*, de Ricardo Vagué.—27. *Las dos son mías*, de Federico Urales.—28. *Amor y sacrificio*, de Solano Palacio.—29. *Maternidad*, de Federica Montseny.—30. *Esperanza*, de Ignacio Cornejo.—31. *Pjgmalión*, de Carlota O'Neil.—32. *Peregrino de amor*, de Federico Urales.—33. *La alondra*, de Angela Graupera.—34. *El otro amor*, de Federica Montseny.—35. *Cielo y tierra*, de F. Caro Crespo.—36. *Jugar con fuego*, de Federico Urales.—37. *Camelanga*, de Adrián del Valle.—38. *El drama de un amor vulgar*, de J. Rodríguez Aragón.—39. *La última primavera*, de Federica Montseny.—40. *El triunfo del amor*, de David Díaz.—41. *El suicidio de dos enamorados*, de Federico Urales.—42. *La venganza de Jaime*, de Angela Graupera.—43. *Resurrección*, de Federica Montseny.—44. *Cómo se ama*, de José Esgleas.—45. *Flores con y sin espinas*, de Federico Urales.—46. *Arrayán*, de Adrián del Valle.—47. *La hija del banquero*, de Romilda Mayer.—48. *Martirio*, de Federica Montseny.—49. *Aurora*, de Solano Palacio.—50. *Una aventura*, de Federico Urales.—51. *Como las águilas*, de Mauro Bajatierra.—52. *La hija del verdugo*, de Federica Montseny.—53. *Lauda de amor*, de Elías García.—54. *Un infanticidio*, de Federico Urales.—55. *Desbarados y raptores*, de Asensio Larrea.—56. *María de Magdala*, de



PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA
ADMINISTRACIÓN:
Calle Guinardó, 37 - Teléfono 51780 - Barcelona

Se sirven colecciones completas encuadradas y en números sueltos y se ruega que al hacer los pedidos de novelas atrasadas, se hagan por sus números y no por sus títulos.

Precio de subscripción: Un semestre, 3'50 pesetas.

• • •

No se devuelven los originales que no se publiquen

• • •

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

Sor Luz

DE JOSE MARIA SAPINA BELTRAN

Lotes de libros con rebaja de precios

Primer lote: *Sembrando Flores*, de F. Urales; *La Victoria*, de Federica Montseny; *El aventurero de amor*, de Han Ryner; *El ingenioso hidalgo*, de Idem. Precio: 4'25 pesetas.

Segundo lote: *Los Deportados*, de Ch. Malato; *Los hijos del amor*, de F. Urales; *El hijo de Clara*, de Federica Montseny; *El helenismo en Turquía*, de Angela Graupera. Precio: 4'75 pesetas.

Tercer lote: *Renacer*, de Federico Urales; *Cántiga de Montaña*, de Elias García; *Náufragos*, de Adrián del Valle, y *Jesús es un Mito*, de George Brandes. 4'50 pesetas.

IMPRESOS COSTA.—CONDE ASATO, 45.—BARCELONA

AEP - CDHS
BARCELONA

I

Sobre el puente del pesado acorazado, cuya negra masa se envolvía en los discretos reflejos del agua aterciopelada e inquieta, el alférez de navío Andrés Gracín se paseaba lentamente.

La noche extendía su manto estrellado sobre la rada y las colinas lejanas; sutiles perfumes flotaban en el aire tibio y callado, y la brisa ligera se llevaba el suave eco de las risas y las voces argentinas que la alegría femenina deja como rastro en el pesado sopor que sigue a las grandes fiestas, como aquella que acababa de celebrarse a bordo del acorazado. Tenues lucecitas esparcidas sobre el mar se dirigían rápidamente a tierra, señalando la situación de las pequeñas embarcaciones que se llevaban los invitados. El acorazado que hacía pocos momentos aparecía resplandeciente de focos multicolores y guirnaldas eléctricas, vibrante de músicas, torbellinos de juventud y alegría, adormecíase ahora silenciosamente. Los marineros habían ya guardado en el fondo de la cala todos los accesorios del baile y acababan de tenderse en sus hamacas, dispuestos a conciliar el sueño.

El pesado acorazado adquiría nuevamente su grave importancia de máquina de guerra severa en su silencio y en su inmovilidad.

Andrés se apoyó en la barandilla del puente. Soñaba dulcemente bajo la Luna plateada recién aparecida, cuando una silueta avanzó hacia él. Casi al mismo tiempo una voz irónica se levantó:

— ¿Cómo va eso, Gracín?

El joven oficial se volvió sobresaltado y sonrió al reconocer a su amigo Enrique Casseau.

— Parece que el baile no te ha sentado bien — insinuó con retintín malicioso.

— Al contrario; el baile me ha sentado perfectamente — respondió Andrés.

— ¡Diablo! — exclamó Enrique, riendo —. ¿Y tu filosofía, querido? ¿Dónde la dejaste?

— La olvidé.

— ¡Ah! ¡Ah!... ¿Bastó una sola mirada para convertirme? Veo hice muy bien en presentarte a los Delacour. A decirte verdad, fué un pequeño lazo que tendí a tu escepticismo... ¿Verdad que las dos hermanas son adorablemente bonitas?

— Yo no me he fijado más que en una, Casseau.

— Graciela, sí... No os habéis separado ni un momento en toda la tarde. Elisa, a quien invité a bailar a última hora, no dejó de notarlo. En cuanto al señor Delacour, fruncía visiblemente las cejas cada vez que os observaba.

— Pues ya lo ves, querido — suspiró Andrés —. Yo no tengo como tú una experiencia práctica de la vida. He llegado a los veinticinco años sin amar... Esta mañana aun yo no sabía...

— Y ahora, ¿sabes ya?

— ¡Sí!

En este «sí» puso Gracín tanta emoción y ternura, concentradas en su alma virgen de sensaciones violentas, que el mismo Enrique cambió la expresión de su mirada.

— Andrés — le dijo —, encadenaste ya tu corazón y tu alma; quiera el cielo que no tengas jamás que arrepentirte... ¡que seas muy feliz!... Hasta mañana, querido; te dejo con tus cariñosos recuerdos...

Los dos hombres cambiaron un vigoroso apretón de manos. Casseau alejóse; Gracín continuó inmóvil sobre el puente.

Las luces de las barquichuelas se habían disipado en las tinieblas, una a una. Una sola brillaba aún confusa en la lejanía, y ésta era precisamente la que el joven oficial se obstinaba en seguir con su mirada.

Muy cerca de esta luz, y sentadas sobre mullidas pieles tendidas en los humildes y poco confortables asientos de la embarcación que las conducía, Graciela y Elisa Delacour, las dos hermanas, dialogaban a media voz.

No era esta la primera vez que asistían a una «soirée» celebrada a bordo de un barco de guerra. Su padre, antiguo oficial de marina, gustaba de asistir a todas aquellas fiestas que pudieran recordarle algo de su pasada juventud; con él iban siempre sus hijas, y los justos homenajes y la admiración que su belleza causaba despertaban en su corazón su legítimo orgullo de padre.

Graciela era una encarnación perfecta de la danza; amaba pues el baile, y con él los «flirts» aventurados, que fructificaban entre el esplendor de esas fiestas pródigas en intrigas, en amores fugaces, en uniformes y esperanzas sin esperanza. Graciela no dejaba de aturdir a su hermana con sus entusiastas relatos, que ocultaban la íntima satisfacción de la vanidad triunfante.

Elisa, igual en seducción, pero de un carácter más suave, escuchaba por costumbre, y se refa sin aprobar la natural y desaprensiva coquetería de su hermana.

Sin embargo, aquella tarde los papeles se habían invertido. Graciela continuaba silenciosa después de haber abandonado el acorazado, y era Elisa quien dulcemente interrogaba:

— ¿Te has divertido, Graciela?

— Sí y no...

— Tu caballero, porque no tuviste más que uno en toda la tarde, ¿se llama Andrés Gracín?

— Gracín — rectificó Graciela.

— Lo encontré encantador... Aunque sólo pude juzgarlo a distancia... Lo acaparaste, Graciela... ¿Qué pensarán de ti tus admiradores?

— Mis admiradores ya no me interesan.

Elisa palideció visiblemente; las sombras del atardecer ocultaron la alteración de su semblante.

— No comprendo lo que quieres decir — balbució.

Graciela cogió confidencialmente entre las suyas las manos de su hermana.

— ¡Escúchame — le dijo —, pero sin tomar a broma mi confidencia. Hasta el presente yo no fui otra cosa que un pájaro sin sesos... Andrés Gracín no es un admirador como los demás... Apenas si me dirigí dos frases galantes. Pero tiene la mirada profunda y la voz cautivadora. Verdaderamente casi no me dijo nada; hablamos de cosas indiferentes... de todo un poco. Es bretón.

— De una antigua familia de marinos...

— Justamente. Su padre murió en un naufragio...

— Y su madre sucumbió víctima de su dolor... No posee más bienes que su actual sueldo.

— Entonces, tú todo lo sabes.

— Sí, Enrique Casseau me contó todos estos detalles. No escatimó elogios referente a Andrés. Andrés Gracín, cuyo carácter algo retraído y solitario no dejaba adivinar que esta tarde...

— Retraído y solitario, esto es — interrumpió Gra-

ciela —. Como te dije, apenas si hablamos, como no fuera con los ojos. Su mirada dominaba a tal extremo mi espíritu, que en un instante me consideré tan pequeña... Tú no experimentaste jamás esta sensación. Debo haberle parecido muy tonta. El silencio entre los brazos de Andrés...

— ¡Le llamas Andrés! — advirtió Elisa.

— El silencio me pesaba — continuó Graciela —, y le he contado un sin fin de cosas banales y sin interés: la villa que habitamos, el yacht de papá, ¡qué sé yo! Ligeramente perdí la cabeza, Elisa, y creo, sí, estoy segura, que esta vez no se trata sólo de un «flirt». Guarda ante todo mi secreto. Me ha dado a entender que me escribiría si le prometía corresponder...

— ¿Y...?

— Lo he prometido. Es una locura, pero me siento dichosa de ella. ¿Qué tienes, Elisa? ¿Tiemblas?

— ¿Yo? No.

— ¿No condenas mi ligereza?

— No, Graciela. Andrés Gracín me parece digno de ti. Y puesto...

Elisa dudaba al elegir las frases de su respuesta. Lo que ella no diría jamás, porque no tenía ningún derecho a decirlo puesto que ellos estaban comprometidos ya con aquel cambio de correspondencia, era que ella a su vez también experimentaba en su alma el misterioso atractivo de los ojos de Andrés Gracín, en cuyo fulgor leó toda la nobleza y la rectitud de corazón.

El joven oficial, sin saberlo, había aquella tarde logrado dos conquistas.

Graciela no vio en la alteración de su hermana otra cosa que sorpresa y alegría de verse elegida como confidente.

La barquilla se encontraba ya muy cerca de la costa: deslizábase al presente muy cerca de las blancas líneas de casitas que bordean el litoral, al pie de las colinas penumbrosas. No tardó en detenerse junto a un desembarcadero minúsculo y estrecho. Los señores Delacour saltaron de la embarcación seguidos de Graciela y Elisa. La hermosa quinta de los Lilás mostraba su elegante silueta sobre una pequeña cima elevada al borde del mar. Cuando los cuatro hubieron penetrado en ella:

— ¿Os habéis divertido mucho, hijas mías? — preguntó el señor Delacour —. Sí, sí, ¿verdad? Ya leo la

respuesta en vuestros ojos. Tú, Graciela, has cometido una ligera imprudencia. No te sonrojes; comprendo que se trata de un pequeño capricho. En cuanto a ti, Elisa, hiciste muy bien en no despreciar un baile con Enrique Casseau. Verdaderamente es un chico simpático, amable y distinguido. Ahora idos a dormir, pequeñas mías; debéis tener sueño.

El señor Delacour abrazó a Graciela y Elisa. Su madre las besó afectuosamente. Diez minutos después el silencio reinaba en la Quinta de los Lilás.

II

A la mañana siguiente, Andrés desayunóse aprisa. Vistióse su mejor uniforme y, tomando una canoa, se hizo conducir a tierra.

Siguió la costa a lo largo, cruzó la ciudad y prosiguió andando hacia el camino que separa el verdor de las colinas de la azulada superficie del mar.

Pronto llegó a un sendero de la costa donde la Naturaleza aparecía con todo el esplendor de su belleza áspera y salvaje. Temió haberse extraviado y, deteniéndose, exploró con la vista a su alrededor. Cuando se preguntaba si no sería mejor acercarse a la playa, una voz fresca y juvenil se levantó detrás de él.

— ¡Buenos días!

Rápidamente se volvió. Graciela se hallaba allí, ante él, sonriente y ruborizada, tendiéndole su mano finamente enguantada. Andrés se apresuró a estrecharla entre las suyas.

— ¡Al fin! — exclamó.

— ¿Dudaba usted acaso?

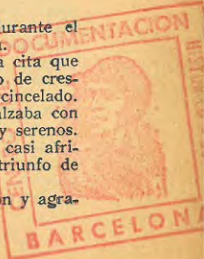
— Casi.

Un silencio siguió a este breve diálogo, durante el cual la joven pareja fundió en una su mirada:

Graciela había querido aparecer bella en esta cita que tanto trastornaba su corazón. Su lindo vestido de crepón modelaba la esbeltez de su talle finamente cincelado. Su sombrero de alas amplias y ondulantes realzaba con su sombra el brillo de sus ojos aterciopelados y serenos.

En el cuadro vigoroso de aquella naturaleza casi africana, la figura de Graciela aparecía como el triunfo de la vida, mil veces más grande que el amor.

Mientras Andrés le manifestaba su admiración y agra-



decimiento, Graciela no podía menos que palpar de orgullo y emoción. Aquel hombre ardiente y bello, con su uniforme marino, ella lo había conquistado.

Todo aquel vigor, aquella inteligencia, aquella tenaz voluntad doblegábanse esclavas ante su sonrisa.

A su lado no existía aquel que mandaba a los soldados como un jefe; para ella era sólo y simplemente un compañero, un amigo, un amante.

Ruborizóse al solo pensamiento de que él pudiera adivinar lo que ya seguramente había adivinado, y para ocultar su turbación se puso a hablar, a hablar, sin cuidarse siquiera de tomar aliento, por necesidad de aturdirse y ahogar la frase que cantaba en ella como una deliciosa canción de cuna.

— Figúrese usted que mi hermana me ha ayudado a burlar la vigilancia paterna — exclamó riendo —. Elisa es muy buena conmigo. Ella ha sido quien ha organizado este paseo matinal. Mis padres han encontrado natural la idea. Mi hermana y yo hemos salido juntas y nos hemos separado a un kilómetro de distancia de aquí. Habría sufrido mucho hoy si no hubiera podido verle, Andrés, porque... porque... ¡Pero usted sabe de sobras el porqué!

Lo atrajo a sí y lo cogió del brazo. Juntos descendieron hacia la playa, en donde las rocas arrojadas aquí y allá parecían monstruos inmóviles y agachados. Ahora Graciela callaba, y Andrés, a su vez, le contaba su vida de marino, la monotonía de a bordo, las travesías del buque a lejanos mares...

— Había llegado a considerar la vida como algo triste. La existencia sin un fin que acariciara se me aparecía como una pesada ironía. Aun no la había conocido a usted, no comprendía todo el encanto de una mirada, de un silencio, de unos sueños compartidos por un alma hermana. Usted me ha revelado el verdadero sentido de la vida, ayer aun tan pesada, hoy iluminada por la perspectiva de una felicidad completa. Mi alegría encuentra difícilmente los términos para expresarse con frases convincentes y sublimes. Mi corazón siente, al aproximarse a usted, anhelos que me confunden y espantan. Una extraña exaltación me conduce a ello. Todo cuanto no es usted deja ya de interesarme y conmovirme. Su nombre quema mi pensamiento y me sorprende muchas veces de oír como mis labios lo pronuncian inconscientes cuando me hallo solo. ¡Graciela! ¿Usted me permitirá que la llame sencillamente Gra-

ciela? Míreme usted, lea en mí, que su pensamiento se confunda con el mío y lo penetre; que su corazón sea el mío y el mío suyo...

La bella joven a esas palabras enrojeció vivamente.

— El mío le pertenece ya — continuó Andrés —. La amo, Graciela, usted ya lo sabe. ¡Estas palabras me causan vértigo. La amo a usted, y no vivo sino para usted y por usted... Graciela, ¿qué es lo que le pasa? ¿Tiembla? ¿La he ofendido sin querer?

— No, usted no me ha ofendido — respondió ella débilmente —. Es la emoción repentina de sus palabras. Tiene usted razón. Sus sentimientos son los míos y mentiría si fingiera ofenderme con sus palabras. Sí, Andrés, yo... también...

Temblosa se detuvo. El joven debía casi sostenerla. Ella continuó más bajo aún:

— Yo también te amo, Andrés. Me quedo sorprendida ante la emoción que me causa pronunciar estas palabras ante ti.

— Dime aún: «¡amado mío!»...

— ¡Amado mío! Ya ves cómo te obedezco.

El la estrechó convulsivamente sin que ella hiciera el más leve movimiento para resistirse. Su mirada se fijaba en los ojos velados por inefable placer de la joven.

Enlazaron amorosamente sus brazos y, sentados encima de una de las rocas, a muy pocos pasos de las olas que mansamente corrían a adormecerse en el tibio regazo de la playa, murmurando suaves cadencias a media voz, entre risas y besos formaron sus hermosos proyectos para el porvenir.

Andrés exaltaba el encanto de una unión interrumpida por largas ausencias, en que cada regreso renovaría el idilio comunicándole un sabor siempre nuevo y siempre dulce.

— Sí — exclamaba entusiasmada Graciela —. Y por más lejos que te encuentres siempre pensarás: «En la Quinta de los Lilás, cerca del mar, hay quien piensa en mí y espera mi regreso». ¡Cuánto me gustaría seguirte en tus viajes, Andrés! ¡Cómo afrontaría a tu lado la inmensidad, sus fatigas y sus tempestades! El mundo deja de existir para mí, pues tú lo contiene todo y eres su resumen. Y en señal de perpetuo amor...

Graciela no terminó la frase; levantóse rápida, y de una concavidad de la roca arrancó un puñado de flores marinas.

— Toma — le dijo cubriéndolas de besos —, guarda estas flores que mis manos han tocado. Ellas te recordarán mis promesas de amor y te repetirán a menudo mis palabras. Testigos de mi juramento de fidelidad son estas rocas, este mar que muy pronto va a robarme tu presencia querida para devolvértela más tarde, este cielo magnífico que el sol corona con múltiples rayos de fuego y luz, que veo resplandecer en el fondo de tus ojos tan claros; estas flores, cuyo salvaje perfume tanto se parece a la virginidad de nuestro amor...

Las horas transcurrían rápidas bajo el encanto de sus ensueños, y el crepúsculo les sorprendió en su éxtasis indefinible. Tuvieron que separarse. Graciela quedó inmóvil en pleno camino, mientras Andrés, con paso rápido, se alejaba con el corazón deliciosamente dilatado por la esperanza y los ojos radiantes de felicidad.

Quando, al llegar junto un recodo de la playa, volvió su cabeza para enviar a Graciela su postrer adiós, vio que la joven no estaba ya sola. Su hermana acababa de juntarse a ella. Andrés no se atrevió a enviarle su adiós, y apretando el paso siguió su camino.

Elisa, que había pasado la mañana errando tristemente por aquellos contornos, dijo a Graciela:

— Creí que no volverías, querida. ¿Estás contenta?

— Más que contenta. ¡Soy feliz, muy feliz!...

— Apresurémonos, que es muy tarde — balbució Elisa, volviendo la cabeza.

A pesar de su diligencia en el camino, llegaron a su casa en pleno anochecer.

III

Al ver aparecer a sus hijas en el umbral de la gran verja de hierro de su finca, el señor Delacour lanzó una exclamación de alegría:

— ¡Al fin! ¡Aquí están!...

Y fingiéndose enojado:

— ¿De dónde venís ahora? — les preguntó —. Vuestra madre estaba inquieta, y con razón. ¿Acaso son estas horas a propósito para pasear?

— ¡Nos hallábamos tan bien, papá! — dijo Graciela. Poco después toda la familia se encontraba reunida en el comedor. El señor Delacour manifestaba una satisfacción ajena a su carácter habitual. Su esposa, al

contrario, aparecía grave y pensativa, cuando de ordinario se mostraba sonriente y comunicativa.

Graciela, entregada de pleno a sus recuerdos, no se fijó en este cambio.

Elisa, que como ya sabemos tenía sus motivos para sufrir, tampoco se apercibió del fenómeno.

Quando terminó la comida, la señora Delacour despidió del comedor a la sirvienta, cosa que nunca hacía. Miró significativamente a su esposo, que acababa de encender un cigarro, y cruzó silenciosamente sus brazos sobre la mesa.

Chupó éste el cigarro y, después de lanzar una rápida bocanada de humo, dirigiéndose a sus hijas les preguntó:

— ¿Cuál de vosotras, hijas mías, desea abandonar primera la Quinta de los Lilás? Una y otra os encotráis ya en edad de tomar estado; bellas y ricas, nada tenéis que envidiar en el mundo. Acaba de presentarse un pretendiente.

Graciela y Elisa temblaron.

— Sí — continuó su padre —, este mediodía hemos recibido la visita de Gaspar Roux, quien ha solicitado de nosotros el honor de llegar a ser nuestro yerno. ¿Eres tú, Graciela, la que desea tomar por esposa.

— Gracias — dijo secamente Graciela.

— Ya había previsto tu negativa. Y precisamente, haciendo honor a su delicada cortesía, me ha manifestado encontrarse dispuesto a casarse con Elisa si ella consentía en ello.

Elisa movió negativamente la cabeza.

— No pienso en casarme jamás — declaró.

La señora Delacour lanzó una exclamación de sorpresa, y su esposo montó en cólera ante semejante determinación. Gaspar Roux era ya un hombre que frisaba en los cincuenta, pero poseía una vasta educación y una inmensa fortuna. Elisa se obstinó en su negativa con un gesto definitivo de rebelión. Graciela reía con una risa nerviosa e irónica que acabó de desesperar a su padre. Su madre interpretó perfectamente el significado de esta risa.

— Tú nos ocultas algo, Graciela. Sería preciso no poseer la intuición que guía el corazón de las madres para no darse cuenta de que después de la última fiesta a que hemos asistido tú no eres la misma.

Graciela se ruborizó, y, considerándose descubierta, confesó toda la verdad. Contó sinceramente todo su

amor por Andrés Gracín y su cita cerca el mar, así como también sus promesas de fidelidad y sus proyectos de unión. El señor Delacour palideció de cólera y, dejando caer un terrible puñetazo sobre la mesa, gritó:

—¿Casaros? Nunca, ¿lo oyes?, nunca. Este Gracín es un miserable marino en la actualidad. Me dirás que yo también lo fui. Es cierto; pero yo era rico, y cuando abandonaba a tu madre para una larga travesía tenía el corazón tranquilo de que en mi casa, durante mi ausencia, no faltaría el pan. ¿Tu dote? Y bien, ¿qué? ¿Permitiré yo que lo malgaste el primer intruso que se presente? ¡Tus amoríos, Graciela, sobrepasaron según veo los límites elementales y necesarios de la prudencia!

Ante esa tempestad familiar, Elisa se batió en retirada. Graciela se deshizo en lágrimas, buscando refugio entre los brazos de su madre.

El señor Delacour se retiró a su despacho murmurando con inflexible voz:

—¡Jamás! ¡Jamás!

Los íntimos propósitos y ruegos que se cambiaron entre Graciela y su madre es fácil adivinarlos y comprenderlos. Graciela defendió su causa, y cuanto más ella se defendía su madre sentíase más débil. La señora Delacour terminó por llorar junto con su hija, y le prometió ensayar medios y argumentos para tratar de convencer a su padre.

Efectivamente, al cabo de pocos días el señor Delacour cambió la dura expresión de su rostro y, dirigiéndose a Graciela, le dijo sonriendo:

—¡Vaya, querida mía! No me creas un déspota sin reflexión. He tomado mis informes: Andrés Gracín es un excelente muchacho, digno de ti. Dile que venga: estoy dispuesto a concederle tu mano.

Loca de alegría, Graciela se lanzó en brazos del viejo y le cubrió de besos; a continuación corrió al despacho, donde redactó este corto mensaje:

«Victoria, amado mío! Papá es muy bueno. Consiente. Te esperamos pronto en nuestra Quinta de los Lilás.»

Gracín recibió la nueva en pleno corazón, como la había recibido cuarenta y ocho horas antes referente a la hostilidad invencible del señor Delacour. ¡Con qué alegría se vistió su mejor uniforme! ¡Con qué ligereza se dirigió hacia la cubierta del buque dispuesto a embarcarse con rumbo a la Quinta de los Lilás, en donde

ansiosamente le esperaba su amada! Tenía ya un pie en el primer travesaño de la escalera de hierro, cuando un marinero le detuvo cuadrándose militarmente enfrente de él.

—El comandante os ruega tengáis la bondad de presentaros inmediatamente a su despacho—le dijo, inclinándose respetuosamente al terminar.

¿El comandante? Gracín se sorprendió. Un minuto más tarde se presentaba a su jefe.

—Reciba usted mis más cordiales felicitaciones—le dijo éste—. Acabáis, mi querido Gracín, de ser nombrado teniente del buque y comandante del contratorpedero «El Machete». Será preciso separarnos, y lo siento, pues os aprecio sinceramente. Pero una separación en estas circunstancias no dudo que os será agradable. Repito mi felicitación por vuestro ascenso y os deseo mucha suerte en vuestro nuevo cargo. No quiero deteneros más. Aquí tenéis vuestra hoja de servicio.

Andrés, a quien a la alegría se antepone la felicidad, despidióse de su jefe y salió a dar las órdenes oportunas para el arreglo de su equipaje. A continuación llamó a su ayuda de cámara y se hizo conducir a tierra. Una vez en ella tomó un taxi, y poco después se detenía ante la verja de la Quinta de los Lilás. Llamó... El corazón le saltaba desacompañadamente dentro del pecho.

Sus habitantes no demostraron sorpresa alguna de su visita. Se le esperaba y deseaba a la vez. La señora Delacour, a quien la felicidad de Graciela hacía dichosa, procuró rodear al recién llegado de toda clase de atenciones y solicitudes. El señor Delacour no aparecía menos satisfecho. Su magnanimidad le prestaba una singular importancia a los ojos de su esposa e hijas.

Graciela era feliz y procuraba aparecer más bella que nunca al lado de su amado, que muy pronto sería su prometido.

Elisa lloraba silenciosamente, secaba de vez en cuando sus ojos y se esforzaba a sonreír ante la felicidad de los demás.

Sin embargo, no se sentía celosa de su hermana. Desde el primer momento decidió el sacrificio de su amor y procuraba pasar inadvertida a los ojos del elegido. Pero cuando pensaba que por culpa de un miserable destino no fué ella la primera en ser presentada a Andrés, cuando ella misma se decía que acaso

por esta triste causa se había perdido todo en su corazón, sentíase atacada por un terrible vértigo y murmuraba:

— ¡Le habría amado tanto yo también!...

Habían pasado algunas semanas después de aquel memorable día de la petición de mano de Graciela. Algunas semanas de separación a causa de haber partido Andrés a la mañana siguiente del día de la ceremonia hacia el Oriente, portador de una importante misión. Elisa soportaba silenciosamente su doloroso calvario. Si desde el primer día renunció a luchar contra su hermana, si voluntariamente impuso silencio a su corazón, no podía ahora renunciar a vivir sin guardar en su alma la integridad de su amor hacia Andrés.

Trágico programa, amor sin esperanza ni correspondencia posible, viudez espantosa que la pobre muchacha aceptaba con sonriente heroísmo, ignorado de su padre, de su madre y de la misma Graciela.

Un terrible drama se ocultaba detrás del purísimo resplandor de sus ojos, de su voz afectuosa y de sus ademanes resignados y serenos. El tiempo, hostigando la pasión de Elisa, prestaba nuevo pasto al fuego, mientras Graciela, al revés de su hermana, se sentía invadida por una dulce melancolía que iba convirtiendo en cenizas los ardientes transportes de su amor.

Poco a poco la prometida del teniente Gracín volvió a sus antiguas costumbres. El deseo de exteriorización y sociabilidad reaparecían. Frecuentó de nuevo las reuniones y los bailes, volvió a tener amigos, admiradores y hasta se atrevió a insinuar algunos «flirts».

Además, dejaba que Gaspar Roux la galanteara escandalosamente en público.

IV

En el fondo del jardín, y bajo un dosel de lilás, las dos hermanas se habían sentado. Elisa declaró lealmente:

— Tu conducta, Graciela, me hace sufrir. Tú no amas ya a tu prometido; es más aún: estoy segura que no le amaste nunca, puesto que le engañas.

Graciela, sorprendida, le interrogó:

— ¿Qué dices?

— La verdad, querida. Debo confesarte algo grave que me avergonzaría de ocultar. Ayer, al encontrarme sola, abrí tu escritorio.

Graciela palideció súbitamente a esta confesión.

— Bueno, y... ¿qué?

— Deseaba saber. Saber lo que tú sabes. Cometí una acción reprochable; lo confieso y por ello solicito tu perdón. Pero además... — Elisa se interrumpió desorientada —. Hace ya mucho tiempo. No podía más. Hice todo lo posible para disimular, porque sólo sospechaba...

— ¿Tú sospechabas? — sorprendida preguntó Graciela.

— Déjame explicarte... Es terrible, pero es necesario que tú lo sepas. Te juro que habría guardado mi secreto hasta morir, que nunca hubiera intentado forzar tu destino si tú hubieras seguido el camino de la dignidad.

— ¡Esto es ya demasiado! — gritó exaltada Graciela, haciendo ademán de levantarse —. Tú me insultas, Elisa. Ignoro los motivos que te inducen a ello. Te has vuelto espía de mis acciones y además te atreves a insultarme.

— No intentes dar un escándalo, Graciela — suplicó Elisa —. Andrés es un hombre leal y además sensible. Tú has prometido amarle. Eres su prometida. ¿Por qué escribes a Gaspar Roux?

— ¡Es falso!

— No mientas, Graciela, es inútil.

— ¡Es falso, completamente falso — gritó encolerizada Graciela, golpeando el suelo con el pie, mientras interiormente pensaba: «La carta salió hace ya cinco días y mi hermana no es posible pudiera verla» —. No es posible — añadió en voz alta — que Roux te haya contado semejante historia. Será algo presuntuoso, pero no embustero.

— ¿Embustero? — inquirió Elisa, mirando fijamente a su hermana —. Olvidaste tu papel secante, querida; ¿comprendes ahora quién fué el indiscreto?

Graciela se mordió los labios considerándose perdida.

— ¡Psch! — dijo después de algunos segundos de silencio —. Vas a engordar gracias a tus tonterías.

— ¿Tonterías? — repitió Elisa con amarga sonrisa —. ¡Me avergüenzo de ti, Graciela!

— Dispones, se ve, de mucho tiempo inútil, querida; eso te vuelve boba.

— ¡Puede ser, pero te digo, Graciela, que me avergüenzo de ti!

Graciela, cólcrica, volvióse cruel:

— Muy bien, avergüenzate si quieres — recalcó cínica-

mente —: eso aumentará el color de tus mejillas, que bastante lo necesitan.

Elisa pasó por alto la desvergonzada alusión.

— Vamos — respondió dulcificando su acento —, dime la verdad. ¿Olvidaste a Andrés?

— ¡Déjame en paz, Elisa!

— Te lo ruego, Graciela, dime la verdad. Deja de considerarme como una simple misionera platicando la moral. ¡Si tú sabías!... ¡Oh! ¡Graciela, si tú comprenderías!...

Abundantes lágrimas rodaron por sus mejillas. Graciela, cuyo amor propio acababa de considerarse herido en su punto más sensible, no pensó más que en la revancha.

— Lo que yo comprendo — respondió con dureza — es que ningún derecho te asiste para reprocharme la infidelidad de que me acusas tú, que fingiéndote enferma buscas un motivo para quedar sola en casa y dedicarte a sorprender mis secretos. ¿Acaso te pido yo cuentas de tu indeseable conducta? ¿Acaso no te dejo libre de hacer y obrar como te plazca?

— ¡No escribas más a Roux, prométemelo!

— ¿Con qué derecho te atreves a insistir, con qué derecho me exigés esta promesa?

Elisa oprimió el brazo de su hermana.

— ¿Con qué derecho? — articuló dolorosamente —. ¿Te atreves a preguntarme con qué derecho? Escúchame, pues, Graciela, escúchame bien: «Con el derecho que me da mi amor hacia Andrés».

Graciela retrocedió un paso.

— Yo le amo — continuó Elisa, cuyas manos temblaban convulsivamente —. ¡Le amo locamente, Graciela! El día en que tú me confiaste el secreto de vuestro amor le amaba ya. Le amaba mucho más que tú, porque a ti lo que te sedujo fueron su rostro y su elegancia. Yo amé su nobleza y la bondad de su alma, que adiviné en sus ojos y en su acento. ¿Me comprendes?

En este momento la voz del señor Delacour resonó en el jardín.

— ¡Qué desgracia! ¡Dios mío, qué desgracia!...

Graciela y Elisa, olvidando unos momentos su quejuna, acudieron presurosas.

La señora Delacour sollozaba; sus brazos se abrieron protectores hacia Graciela.

— ¡Hija mía! ¡Pobre hija mía! — balbucía —. ¡La

profesión de marino es una terrible profesión! — murmuró su padre.

El anciano tenía abierta en la mano una carta. Elisa adivinó una desgracia y se puso a temblar.

— ¡Padre mío! — gritó —. ¡Ah!... ¿El ha muerto?

— No, no — se apresuró a rectificar el señor Delacour —. No hay que suponer tal desgracia...

Sin embargo, la angustia que se reflejaba en su rostro desmentía estas palabras.

Elisa, horriblemente pálida, anhelaba saber.

— ¡La carta, papá, lee la carta!

— ¡Por Dios! — suplicó el padre, temeroso ante el golpe mortal que se aproximaba —. ¡Esto es espantoso! Pero tú serás fuerte, Graciela; de otra parte, él mismo te lo aconseja. Admiro su valor...

— ¡La carta! — gemía Elisa dolorosamente.

El anciano se colocó, tras un breve gesto, sus lentes, y con voz entrecortada por la emoción leyó:

«Señor:

»Mi camarada de hospital, el teniente de buque Andrés Gracín, herido a causa de la explosión de una caldera a bordo de su navío, se encuentra al presente fuera de peligro en la gravedad de las heridas que sufrió. Me ruega le escriba a usted para contarle con entera franqueza el estado en que le han dejado las terribles lesiones que sufrió.

»Es una desgracia sepa manejar yo tan mal la pluma, pues ante el dolor de estos momentos, bien quisiera hallar frases adecuadas a notificarle la triste nueva y a dulcificar un tanto los conceptos crueles del destino, que ha condenado a una noche perpetua a mi pobre compañero en cuyo nombre le escribo. Le compadezco a él y les compadezco a ustedes de todo corazón.

»Ya habrá usted adivinado con esto que Gracín está ciego.

»Heroicamente ha soportado todos los sufrimientos físicos, que comprendo no representan nada para él en comparación con los que la fatalidad le reserva.

»Comprende que es una locura aspirar al honor de ser su yerno y devuelve su palabra a Graciela.

»Asimismo me encarga le haga presente su más profundo reconocimiento por la felicidad y el honor que le dispensaron al admitir su petición, y corresponde al dolor de Graciela con sus más afectuosos recuerdos.

Le ruego quiera juntar la sincera expresión de mi condolencia.

»Fernando Klarc.

»Capitán de buque, actualmente en tratamiento en el hospital de X.»

El señor Delacour se detuvo:

— ¡Ciego! — gimió Elisa con desesperación. — ¡Ciego!

— ¡Mi pobre Graciela! — sollozó la señora Delacour.

Graciela permanecía silenciosa con los ojos completamente huérfanos de lágrimas. Su padre empezó a hablar con el propósito de aturdirse. La decisión definitiva daba vueltas en su cabeza, sin atreverse a formularla en voz alta, temeroso de precipitarse y aparecer cruel.

Su esposa, que participaba en el compromiso de la situación, aconsejó:

— Ahora es necesario reposarnos. Graciela, necesitas descansar. Mañana veremos, acaso no sea tan terrible todo esto después de reflexionar. Retiraos a descansar, queridas mías.

Las dos jóvenes abrazaron largamente a sus padres, dirigiéndose a sus respectivas habitaciones.

En el corredor, Graciela, que se había mantenido hasta el presente silenciosa, se cuadró provocativa ante su hermana y con risa siniestra:

— ¡Ah! ¿No le amas? — le dijo —. Pues bien, puedes tomarlo ahora, si quieres.

Elisa no respondió.

V

Después de haber sido remitida a su destino la carta que el capitán Klarc había escrito en nombre de Andrés Gracín, éste había quedado tendido sobre su lecho de dolor, débil y sollozante como un niño.

Una mañana en que el desgraciado evocaba el recuerdo de sus horas felices junto al mar, oyó distintamente la voz del capitán que le llamaba:

— ¡Gracín!

— ¡Fernando! — respondió él.

El capitán, que se encontraba convaleciente, se aproximó al lecho.

— ¡Una carta para usted! — anunció —. ¿Puedo leerla?

Andrés hizo con la cabeza un signo afirmativo, al tiempo que palideció.

Oyó el ruido del papel al rasgar el sobre y al desplegar su contenido.

Las primeras palabras de la misiva sonaron en su oído como una música celeste:

»Amado mío: He llorado por los terribles sufrimientos que has tenido que soportar, mucho más aún por la noche eterna a que la fatalidad condenó tus ojos. Quisiera tener alas para volar a tu lado y darte con mis propios labios y mi propia voz mi respuesta. ¡Devolverme mi palabra, Andrés! ¿Es posible hayas pensado nunca en ello? ¿Acaso no me amas ya?

»Si te amé en plena posesión de todas tus facultades, ¿cuánto no debo amarte ahora que, débil y desgraciado, no verás más que a través de mis ojos?

»¿Renunciar a ser tu esposa? ¿Por qué, mi querido Andrés? No es solamente la belleza de tus facciones lo que yo amo; es algo menos frágil y que todos los accidentes del mundo no podrían robarme: es tu lealtad, tu ternura, tu amor.

»¿Y tú? ¿Acaso es sólo mi sonrisa, el color de mis mejillas y de mi pelo lo que te obliga a amarme? Este corazón que late dentro mi pecho, ¿no representa nada para ti? Si tú me amas como yo te amo, me comprenderás en seguida; quiero ser tu sol, tu luz. ¿Separarnos en el preciso instante en que nuestra unión no puede hacer otra cosa que aumentar?

»De buena gana te reiría, querido mío, si tenia valor para intentarlo.

»Pero no: tu amada, aquella a quien tú llamabas «tu pequeña» se mostrará grande y generosa.

»Tuya,

Graciela.»

El capitán se detuvo al terminar su lectura. Observó a Andrés y vió que lloraba.

— ¡Es una locura — decía —, pero soy feliz! Quisiera... quisiera... ¡Dios mío! ¡Tanto como desee morir!

VI

El señor Delacour, por mediación del correo del mediodía, recibió dos cartas. Una para él, otra para Graciela.

El anciano frunció las cejas al reconocer la escritura.

— ¡Pobre muchacho! — murmuró —. Debía haberle escrito...

Rasgó el sobre que le pertenecía y se ajustó los lentes.

— ¡Cómo! ¿Qué es esto? — exclamó al empezar a leer los primeros renglones.

Andrés le escribió por mediación del capitán Klarc:

«Querido señor Delacour:

»La carta de Graciela me ha colmado de felicidad. Las palabras son insuficientes para traduciros mi alegría. Espero ser pronto dado de alta para venir, no a veros, ya que esta vulgar expresión representa para mí un imposible, pero sí a estrecharos la mano y a recibir la hospitalidad que vengo obligado a solicitar de vuestra amistad.

»Hasta muy pronto, querido Delacour. Vuestro reconocido servidor,

«Andrés Gracin.»

— Pero, ¿qué significa esta farsa? — gritó exasperado el anciano, estupefacto ante la inesperada revelación —. ¿Graciela le ha escrito? ¿Y sin consultarme! ¿Fingió olvidarlo y le escribió! ¡Esto es ya demasiado!

Furioso rompió el sobre de la segunda carta. La cólera y la indignación le volvían tembloroso. Leyó:

«Amada mía:

»Perdóname. Nunca te creí capaz de una traición, pero era mi deber hacer lo que hice.

»Ahora renazco a la vida y la esperanza. Eres exactamente tal como me figuré. Tu corazón es tan grande como lo fué mi dolor. Seremos dichosos a pesar de mi desgracia.»

El anciano no pudo continuar:

— ¡Ah! ¡Ah! ¡Esto es increíble! ¡Increíble!

Corrió al pequeño salón, donde su esposa y Graciela se encontraban ocupadas en ricos trabajos de tapicería.

Una vez allí, su furor hizo explosión: gritó y amenazó alzando sus puños crispados sobre Graciela.

Elisa apareció en este instante.

— Dejad de vituperar a mi hermana — le dijo —. No es ella quien ha escrito a Andrés, sino yo.

El viejo Delacour, su esposa y Graciela temblaron de sorpresa.

— He sido yo quien le ha escrito — repitió la joven —, y he puesto en la firma el nombre de Graciela.

Esta súbita declaración les dejó estupefactos unos instantes. Después los tres casi a una voz le dijeron:

— ¡Estás loca! ¡Esto es demasiado!

— No, no estoy loca — declaró Elisa —. Serenamente hice lo que hice. Escuchadme. Andrés está ciego. Sufre y se encontraba en peligro de ser abandonado. Yo le amo.

— ¿Qué dices?

— Que le amo. Sí, papá. Graciela lo sabe. Graciela me lo cedió. Le amo.

La señora Delacour empezó a sollozar; su esposo alzó escandalizado sus brazos hacia el cielo y Graciela dejó escapar una pequeña carcajada de conmiseración.

— Le amo — repitió Elisa —; el caso no tiene nada de extraordinario. Le amaba ya antes del accidente. Le amaba en silencio y vosotros lo ignorabais, y lo habrías ignorado siempre sin esta terrible desgracia. Graciela era la preferida; ella iba hacia la felicidad por Andrés, es muy natural. Yo entonces desaparecí y desapareceré aún...

— ¿Intentas casarlos? — preguntó Delacour.

— No, papá. Quiero casarme, tomarlo por esposo. Pero no quiero que él sepa... Sufriría demasiado y por esto firmé Graciela. Sacrifico mi amor y mi personalidad, ¿me comprendéis? El cree que Graciela le permanece fiel. Que le aguarda ansiosa para protegerlo y mimarlo. Yo quiero que él ignore siempre esta traición. Yo quiero casarlos, tal como tú has dicho, papá; pero Graciela conservará su libertad.

«Ella tendrá, si quiere, la satisfacción de que un hombre le adora siempre, mientras que yo, al reemplazarla, nunca podré decir que la caridad de mi amor sea recompensada.

— ¡Loca! — gimió la señora Delacour.

Elisa juntó sus manos suplicantes.

— Basta — gritó colérico Delacour —. Jamás permitiré semejante farsa.

— ¿Acaso no tenéis corazón? — sollozó Elisa.

— Es por tu bien que te detenemos en la pendiente del abismo donde intentas lanzarte — respondióle su madre.

Elisa comprendió toda la importancia de aquel muro de hostilidad que cercaba los generosos impulsos de su alma.

VII

No les resultó muy difícil a los amigos de la familia Delacour darse cuenta de que las relaciones entre Graciela y Andrés habían quedado truncadas.

A penas la nueva se esparció por la comarca, que Gaspar Roux, frotándose las manos, recobró su habitual sonrisa de conquistador satisfecho y seguro en sus esperanzas. Se le vió llegar a la Quinta de los Lilás una mañana, cargado de flores para Graciela y vestido de ceremonia. Pocos días después hizo su declaración oficial, ofreció su corazón, su palacio, su dinero y su propiedad. Graciela aceptó, los padres de Graciela aceptaron, y la Quinta de los Lilás se preparó para la fiesta nupcial.

Graciela era ya la señora Roux, y los recién casados partieron a Italia a pasar su luna de miel.

El señor Delacour, que acababa de levantarse, apenas había dado cuatro pasos en el corredor cuando un intenso olor cosquilleó su garganta. Sobresaltado, murmuró:

— ¿Fuego? ¡Hay fuego en nuestra casa!...

El fuerte olor de ropa quemada no dejaba lugar a dudas... El anciano se apresuró a llamar a su esposa.

— ¡Levántate; aprisa! ¡Levántate!... ¿No te das cuenta aún? ¡Algo quema en nuestra casa!

La señora Delacour se vistió un ligero peinador, precipitándose fuera de la habitación, alarmada. Su inquietud no tardó en convertirse en espanto.

La habitación de Elisa estaba cerca de la suya. El viejo Delacour la abrió de par en par de un solo empujón. Una densa humareda se esparció por el corredor.

— ¡Desgraciados! — gritó Delacour con desesperación.

Su esposa apercibió Elisa extendida e inmóvil sobre la cama, la boca extremadamente abierta y las facciones horriblemente alteradas. La pobre madre comprendió en seguida todo el horror de la tragedia y lanzó un grito de angustia abalanzándose sobre la cama.

— ¡Elisa! Hija mía!...

El viejo Delacour abrió rápidamente las ventanas a fin de establecer una corriente de aire que disipara el humo de la habitación.

— ¡Llama por teléfono al doctor! — asustada propuso la señora Delacour al darse cuenta de que Elisa permanecía fría e inmóvil a sus abrazos.

El médico, llamado con urgencia, no tardó en llegar. Era un hombre ya entrado en años, de una sólida cultura y gran experiencia. Hizo un detenido examen de la habitación. A los pies de la cama de la infeliz criatura descubrió un brasero cuyos carbones humeantes despedían aún halitos venenosos y asfixiantes. Con rápido ademán ordenó llevaran al jardín el fatídico brasero. A continuación y sobre el escritorio de Elisa, encontró una carta dirigida a los señores Delacour; sin duda la llave principal por la que se penetraría en los trágicos senderos de aquel secreto.

— Señor Delacour — dijo al angustiado padre, indicándole el pliego—, he aquí algo que le pertenece a usted.

Enloquecido por el dolor el viejo Delacour abalanzóse al escritorio para apoderarse de la carta. Con manos temblorosas la cogió, leyendo en ella la siguiente inscripción: «A mis padres». En el triste contenido de aquella carta Elisa se expresaba en estos términos:

«Mis queridos padres: Imploro vuestro perdón. No intento acusaros de crueles en vuestro proceder, pues vuestra oposición a mis locos proyectos toma por base vuestro deseo de verme algún día feliz al lado de un hombre que me ame.

Adiós, queridos papás. No lloréis por mí. El eterno sueño será el definitivo refugio que hallará mi dolor. Prefiero morir a renunciar a él.

Elisa.»

— ¡Locos! Desgraciados de nosotros! — gritó el viejo con desesperación—. ¡Nosotros la hemos matado!

Y dirigiéndose al doctor:

— ¡Salvadla! Por piedad, salvadla. ¡No permitáis que nos torture el remordimiento de haberla hecho morir! ¡Quiero que viva y verla dichosa! ¡Le pediré perdón de rodillas!... ¡Oh, doctor! ¡Ella es mejor que todos nosotros!

El médico no tenía necesidad de exhortaciones suplicantes para poner en juego todos sus recursos y medios científicos. Luchó tenaz con la muerte y logró alejarla.

Tan pronto como Elisa conoció las buenas disposiciones de sus padres para secundarla en sus proyectos, re-

cobró sus bellos colores, y con indecible alegría, con permiso de su padre escribió este billete:

«Querido Andrés.

»Estamos deseando verte entre nosotros. Esperamos no tardarás. La felicidad te espera al fin de tu viaje. Muchos besos de tu

Graciela.»

VIII

«Llegaremos mañana a la tarde en el tren de las 18'30.—*Andrés y Fernando.*»

—El lunes por la tarde, mejor dicho, mañana — comentó el señor Delacour.

Elisa, a quien la emoción casi ahogaba, apenas tuvo fuerzas para responder a su padre con un débil gesto afirmativo.

Que extraños sentimientos la embargaban a la mañana siguiente cuando descendió del carruaje que les condujo a la estación.

Un sordo temblor conmovió el suelo bajo la intensa trepidación de la máquina, que entre bocanadas de humo y chispas enrojadas se detuvo a pocos pasos.

Ruido de portezuelas, gritos de alegría de los viajeros, rumores indefinibles de multitud...

Elisa, casi desfallecida por la emoción, esperaba...

—Seguramente llegarán los últimos — dijo Delacour—. ¡Es natural!...

—¡Ah! ¡Ya vienen! están allí... — gritó Elisa.

Los viajeros iban disminuyendo; detrás, de todos veíanse avanzar lentamente dos hombres, dos jóvenes oficiales de marina.

Andrés se apoyaba en un bastón y con su mano derecha en la espalda de su compañero que le guiaba. Se le veía débil y abatido, el rostro exageradamente desecado y la mirada incierta y perdida. Caminaba indeciso y tímido...

Elisa se adelantó hacia él.

—¡Soy yo! — exclamó con voz insegura.

—¿Señorita Delacour? ¿Señor Delacour? — dijo Klarc, inclinándose.

Y deponiendo la mano de Andrés entre las de Elisa: —Cambiadis de gufa, querido — dijo el capitán —; más tarde volveré a veros. Entretanto, salgo para poner en orden mis asuntos.

Andrés estrechó con vehemencia la dulce mano amiga que temblaba entre las suyas.

—¡Graciela! ¡mi amada Graciela! — murmuró a media voz.

Elisa sintió toda la sangre de su cuerpo refluir en su corazón. ¡Oirse llamar con el nombre de la otra, de su rival! Encontrarse allí, frente al amado y no poder desengañarle sin herirle fatalmente. Elisa hasta el presente había sufrido sólo de lejos. Debía hacer ahora el aprendizaje de un nuevo dolor. Respondió dulcemente:

—¡Andrés, amado mío!

El se sobresaltó:

—¡Oh — exclamó —, vas a reñirme! Figúrate que había olvidado tu voz... Mas aún, ¡es extraño! la encuentro más grave...

Elisa, angustiada, le interrumpió:

—¿Preferirías acaso que tu desgracia me hubiese dejado insensible? Tú has sufrido mucho, yo también, ¡ya lo ves!

Esta aclaración le pareció natural. Se mostró satisfecho de ella, y con suave sonrisa respondió:

—La gravedad debe hacerte aparecer aún más hermosa.

Media hora más tarde se encontraban en la Quinta de los Lilás.

La señora Delacour recibió al desgraciado con grandes demostraciones de alegría, aunque su entusiasmo lo velaban las lágrimas. Andrés preguntó:

—¿Y la señorita Elisa? No la he oído aún.

Elisa se mordió los labios y miró a sus padres.

—Ausente, ausente por largo tiempo — explicó el señor Delacour haciéndose violencia para mentir.

—Se ha casado — completó Elisa.

—¿Casada? — sorprendido dijo el ciego—. ¿Cómo no me lo habéis dicho antes?

—Porque os encontrabais demasiado enfermo en el momento de su enlace — dijo la madre, asociándose a esta piadosa mentira.

La comida dió fin a estas explicaciones complementarias. A los postres se habló de matrimonio, el de Elisa y Andrés, y se concertó que la boda se celebraría en la intimidad. Así lo deseaba Elisa por las razones que todos sabemos.

Sólo dos personas se encontraban en posesión del secreto de la familia Delacour: el capitán Klarc y el doctor que había arrancado a Elisa de las garras de

la muerte. Ellos servirían como testigos, junto con un viejo cirujano de París amigo del doctor y un oficial de marina ya retirado en quien el señor Delacour tenía puesta toda su confianza.

En el interior del coche que los conducía a la Quinta, Elisa y Andrés, unidos ya en lazo indisoluble, se estrechaban las manos. La joven desposada lloraba silenciosamente su nueva era de sacrificio; Andrés no menos emocionado, extraño al piadoso engaño de que era víctima, la estrechaba convulsamente entre sus brazos murmurando febril:

—Graciela, mi amada Graciela. ¡Al fin eres mi esposa! ¡Graciela, cuánto te amo!...

IX

—Dime, querida mía, ¿eres feliz?

—Lo soy, papá.

—¿Completamente?

—Completamente.

Elisa mentía. No era en verdad tan feliz como había soñado serlo.

Impulsada por su generosa exaltación, había ido resignada al sacrificio de toda su vida sin sospechar que el sufrimiento acompañaría cotidianamente la violencia de la mixtificación piadosa que se había propuesto.

Mientras sólo fué su prometida, Elisa se conformaba en no ser amada. Pero ahora, ahora que se había entregado entera a él, que tan cariñosamente le velaba, que compartía su vida, consideraba haber adquirido sobradamente el derecho de exigir algo de esa ternura que le parecía negada.

La ilusión de Andrés, sus palabras de amor, no se dirigían a ella, sino a la infiel. El la llamaba Graciela y la pobre Elisa cada día se acostumbraba menos a ser reconocida con este nombre.

Llegaron a la Quinta, el doctor y su amigo el cirujano de París.

Este último devolvía a la familia Delacour una visita de compromiso; venía también atraído por una curiosidad de orden científico. El caso patológico de Gracín, el accidente de que había sido víctima le interesaban sobremanera.

Durante la comida el viejo cirujano se hizo explicar

con todos sus detalles la catástrofe ocurrida a bordo de «El Machete». Andrés hizo una extensa relación de la desgracia. El cirujano escuchaba atentamente.

—¿Os duelen los ojos aún? — le preguntó.

—Sí, a menudo siento alrededor de mis párpados un intenso dolor como de quemadura — respondió Andrés.

—¿No veis entonces como una mancha roja que flota ante vos?

—Justo. Es la ilusión que experimento en estos momentos.

El cirujano no dijo más, pero después de la comida, mientras el doctor hablaba con Andrés, con un signo llamó aparte a Elisa y al señor Delacour.

—Voy a darles una esperanza en la enfermedad de Gracín — les dijo en voz baja —. Acabo de convencerme de que puede recobrar la vista.

Elisa volvióse intensamente pálida; el señor Delacour se limitó a mostrarse sorprendido.

El cirujano continuó:

—Creo no aventurarme demasiado asegurando que Andrés Gracín volverá a ser el hombre de antes. Me ofrezco a ustedes, por si lo desean y el herido consiente, a intentar la operación.

Al escuchar estas palabras decisivas Elisa se dejó caer abatida en un sillón. Poco a poco, el color huyó de sus mejillas, sus ojos quedaron fijamente inmóviles y se desvaneció.

El cirujano se admiró de la intensidad de la emoción:

—La alegría sin duda ha rendido la fragilidad de su naturaleza. ¡Mis sales, pronto!

—Desgraciadamente no es la alegría la causa de este desmayo — suspiró Delacour, acudiendo también en auxilio de su hija —, sino las consecuencias de esta resurrección.

—¿Qué consecuencias?

—¿Cómo? ¿El doctor no le ha dicho nada respecto al casamiento de Elisa?

—¡Nada!... ¡Ah, sí! espere usted. ¿Sus dos hijas amaban a Andrés, verdad?

—Sí, pero él sólo amaba a una.

—¡Ah!

—¡Y era la otra!

—Comprendo; ¡demonio! cierto que esto complica la situación.

Bajo la acción benefactora de las sales, Elisa volvió en sí lentamente. Su madre ayudó a levantarla.

—¿Te encuentras mejor, hija mía? — le preguntó.

—Sí... pero vámonos. Llévame al jardín... necesito aire.

Y cogida del brazo de su madre la pobre Elisa, lentamente, se dirigió al parque.

—Otra vez la fatalidad mamá — gimió sollozando—. El milagro llega demasiado tarde. Pero, siento frío mamá; volvamos al lado de Andrés.

—¡Elisa, mi pobre Elisa! — murmuró su madre acercándola.

En el comedor hallaron otra vez al cirujano, junto al doctor. Andrés y el señor Delacour, que conversaban sobre cosas indiferentes. Elisa aprovechó un momento de pausa en la conversación.

—Querido mío — dijo acercándose a su marido tiernamente—. ¿Sabes de qué tratábamos hace un momento?

—Aun no — sonrió Andrés.

—Perfectamente. Pues, según el doctor, la sentencia que pesa sobre tus ojos no puede considerarse definitiva.

¡El ciego fué presa de un temblor.

—¿Qué dices? ¿Qué dices? — balbució.

Elisa se dirigió al cirujano.

—Explíqueme usted, señor, se lo ruego.

El viejo médico envolvió la joven esposa en una mirada de admiración, y dirigiéndose a Gracín, en breves palabras le expuso el motivo de su creencia en una posible curación de su enfermedad.

—Una operación... — terminó diciendo — una operación dolorosa y delicada.

—El dolor no me importa — exclamó el ciego—.

¡Ah, si fuera cierto lo que me dice usted! ¡Si yo volviera a recobrar la vista! Graciela, Graciela mía, ¿verdad que eso es demasiado hermoso? No me atrevo a esperar...

—Yo espero con todo el corazón y con toda el alma heroicamente — respondió Elisa.

Palpitante y sin fuerzas, vació. La señora Delacour, llorando, la abrazó largamente.

X

Impaciente Andrés para librar sus ojos de las tinieblas que le torturaban, había decidido ser operado inmediatamente.

Elisa, temblorosa y vacilante, seguía los preparativos, contaba los días que la separaban aún del momento dichoso para él, fatal para ella.

Nuevamente se ofrecía como víctima del destino que se complacía en torturarla.

—¿Qué dirá cuando lo sepa todo?—se preguntaba con terror.

Tres días después el cirujano intentaba la operación. Andrés, sonriente y feliz, había abrazado tiernamente a Elisa antes de entregarse al letargo del cloroformo.

—¡Hasta muy pronto, querida!—la dijo—. ¡Nuestra pesadilla toca a su fin!

Elisa no tuvo fuerzas para presenciar la operación y fué a refugiarse en el parque. Un sin fin de recuerdos la asaltó en la soledad de aquellas frondas artificiales. Evocó su pasado, su amor, su desesperación, su sacrificio...

De repente ante ella aparece el señor Delacour.

—Y bien, ¿qué?—interroga temblando.

El viejo, emocionado aún, exclama:

—¡Magnífico, hija mía! ¡Muy bien! La curación es segura y completa.

Elisa desfallece visiblemente.

—No ha sufrido apenas—continuó su padre—. Cuando ha despertado de su sueño, después de haberle cubierto los ojos con una gasa humedecida, ha lanzado sólo un grito de dolor, herido por la vivacidad de la luz que invadía sus pupilas. La habitación casi estaba a oscuras. El cirujano rápidamente ha cubierto sus ojos con una venda que le será preciso conservar algunos días aún, ¿comprendes?

—¿Una venda?—murmuró Elisa—. Subamos, pues; quiero verle.

De todo cuanto le había dicho su padre, la joven sólo recordaba estas palabras: «Andrés curará; aun no puede verme».

En el interior de la casa, las exclamaciones jubilosas

se sucedían unas a otras. Andrés preguntaba con insistencia:

— Graciela... ¿Dónde está Graciela?

— Aquí, querido mío — dijo Elisa.

Se acerca al herido y, tomándole ambas manos, las besa con pasión. El sonríe inefablemente. El doctor, el cirujano y los señores Delacour se retiran de la habitación. Andrés enlaza el lánguido cuerpo de su esposa y le habla con creciente entusiasmo:

— ¡Graciela mía! Me faltan palabras para expresarte toda la felicidad que embarga mi ser. Tengo la seguridad de verte pronto. Voy a encontrarte de nuevo para poder siempre quererte.

Elisa, vacilante, se atreve a insinuar:

— ¿Y si esta felicidad de hoy fuese la causa de una desilusión en tus creencias?

— ¿Una desilusión?

— Recuerda que encontraste mi voz cambiada.

— Es cierto.

— ¿Acaso no puede también el rostro haber sufrido una alteración? Supón que te encontraras ante una esposa diferente en facciones, más grave...

— Sería feliz también. La gravedad debe prestar a tu rostro un nuevo encanto.

— El pelo más oscuro...

— ¿Te chanceas, Graciela?

— ¡No!

Elisa pronunció este «no» con una emoción tan indiscreta que Andrés se levantó sorprendido y admirado.

— ¿Quieres darme a comprender que ya no eres hermosa? ¿Acaso otro accidente del que no te has atrevido a hablarme, durante mi ausencia, desfiguró tu rostro? — le preguntó él sonriente.

— Sí — respondió ella con voz firme.

— Pues bien, no me importa. Te amaré igual, seas como seas. ¿Acaso no me has amado tú a mí, después de la terrible desgracia? ¿A qué viene ahora eso, Graciela? ¿Me crees malo?

Elisa vacila, la angustia oprime su garganta.

— No — responde —, pero temía que el abandono de una infiel...

Las facciones del herido se contraen.

— ¿El abandono, dices? — interrumpe —. No te comprendo... ¡Por Dios! Dime, ¿qué es este abandono?

— ¡Calma, querido mío!...

— ¿Acaso me abandonaste tú? Lo demás, ¡qué me importa!

— No, Andrés, yo no te abandoné.

— ¿Entonces?

— Alguien te abandonó y... ¡Yo te engañé, Andrés! Yo no sabía la felicidad que aun te reservaba el porvenir. Juzga, si quieres, mi falta, que yo aceptaré resignada la condena que señales a mi traición. Pero no olvides jamás que a ti solo amé en el mundo, quizá sin derecho a ello, pero te amé, Andrés. Acuérdate también de que durante mucho tiempo alimenté tu ilusión a costa de mil torturas y lágrimas. Y que si el desengaño hoy te hace sufrir, no tengo la culpa yo... sino el bistorf del cirujano.

— Pero, ¿qué enigma es ese? — gritó Andrés —. ¡Graciela, pronto! Dime la verdad y acaba.

En este momento el señor Delacour llamó discretamente a la puerta, que a continuación abrió.

— ¡Victoria, querido! — exclamó entrando —. Me siento mil veces dichoso de vuestra resurrección...

— Hablemos de otra cosa, señor Delacour — interrumpió Gracín con voz alterada —. Mi esposa acaba de contarme cosas increíbles, que temo analizar. Confiesa que me ha engañado sin quererme engañar.

— Es cierto — respondió el anciano —. No es una mujer lo que tenéis por esposa, Gracín; es una santa.

— Bien, decidme antes la verdad... Graciela.

— ¡No habléis más de Graciela, hijo mío!

— ¡Cómo!

— Graciela no fué para vos más que una coqueta, que nunca os amó. Su pasión fué un capricho pasajero...

Andrés con desesperación interrumpió:

— ¡Locos! ¡Todos estáis locos en esta casa! ¡Graciela! ¡Graciela! ¿Dónde está?

— Calmaos y escuchadme — suplicó Delacour conteniéndole —. Fuisteis fuerte ante un infortunio mayor; no os mostréis niño en este momento en que la dicha sólo espera la oportunidad para colmar vuestra alma. Decidme: ¿amáis a vuestra mujer?

— Con todo el corazón.

— Pues bien, ella os corresponde por duplicado. Pero os ruego que os olvidéis de Graciela, que no merece el más leve latido de vuestro corazón.

— Pero, entonces... entonces... — balbució el herido con angustia.

De repente la verdad resplandeció en su cerebro; con los ojos del espíritu vió y comprendió.

— ¡Y yo — exclamó sollozando — que nunca dudé! ¡Yo que acepté indiferente a su dolor toda la inmensidad de su sacrificio! ¡Cuánto ha debido sufrir!

— ¿Qué decides, Gracín? — tembloroso le preguntó Delacour no comprendiendo aquel cambio —. ¿Qué debo decirle a tu esposa?

— Que ella es muy grande, y que yo no soy más que un miserable. Llamadla, Delacour.

Un minuto después, Elisa entraba en la habitación y se arrojaba a los pies del herido.

— Perdón... Todo lo sabes ahora. ¡Perdón!

— Elisa, te amo — respondióle Andrés —. Tu corazón tan grande, conquista el mío tan pequeño y débil. El pasado dejó de existir para mí. Creo que sólo fué una pesadilla que me hizo delirar inconscientemente. No soy yo quien debo perdonar, sino tú. Te admiro y te adoro. ¿me oyes, Elisa? ¡Te adoro! ¡Te quiero!

Elisa se levantó radiantes los ojos de felicidad; sus brazos rodearon el cuello de Andrés. ¡Cuán dulce le pareció aquel su primer abrazo!

— Mi sacrificio terminó — balbució al oído de Gracín —. Tus besos ya no torturarán mi corazón con el recuerdo de la ausente infiel. Tus besos serán míos.

— Sí, mi Elisa.

Y su primer beso de amor fué lento, sincero y apasionado.

Federica Montseny.—57. El último baluarte, de F. Caro Crespo.—58. Aristócratas, de Adrián del Valle.—59. La perla, de Antonia Maymón.—60. El amante de Encarna, de Federico Urales.—61. Cautivos que se libertan, de Luis Calventus.—62. El rescate de la cautiva, de Federica Montseny.—63. La Virgencita de los Marineros, de Mauro Bajatierra.—64. Diez años después, de Federico Urales.—65. Armonía, de Miguel Campuzano.—66. Ambición, de Adrián del Valle.—67. Caín y Abel, de Elías García.—68. Si tú me quisieras, de Federico Urales.—69. Mariucha, de Iván Chevick.—70. Entre dos amores, de Federico Urales.—71. El y Ella, de Paco Itir y José de Tapia.—72. El amor errante, de Federica Montseny.—73. Flora, de Joaquina Colomer.—74. El pito de Peñarades, de Mauro Bajatierra.—75. El príncipe que no quiso gobernar, de Adrián del Valle.—76. Liberación, de Juan Ferrer.—77. La de mis sueños, de Federico Urales.—78. Los unos y los otros, de Ramón García-Diego.—79. La vida que empieza, de Federica Montseny.—80. Aurora nueva, de Antonio Estévez.—81. ¿Es usted mi madre?, de Federico Urales.—82. Coloma, de José Gardeñas.—83. Sor Angélica, de Federica Montseny.—84. Para que el hijo sea nuestro, de A. Fernández Escobés.—85. Del cielo al penal, de Regina Opisso.—86. El almanero, de Mauro Bajatierra.—87. Lo que me ocurrió con ella, de Federico Urales.—88. Fatalidad, de Elías García.—89. La ruta iluminada, de Federica Montseny.—90. Amor que vivifica, de Luis Calventus.—91. El eterno problema, de A. Fernández Escobés.—92. El casamiento de mi novia, de Federico Urales.—93. Un drama en las Guillerías, de Narciso Fontás.—94. El último amor, de Federica Montseny.—95. Aura popular, de V. Márquez Sicilia.—96. Las aventuras de unos niños, de Federico Urales.—97. El primer amor, de Elías García.—98. La tierra estéril, de A. Fernández Escobés.—99. Botones de fuego, de Aurelio G. Rendón.—100. Ladrón de amor, de Federico Urales.—101. ¡Esa es madre!, de Regina Opisso.—102. El tesoro escondido, de Adrián del Valle.—103. La fuerza del amor, de Juan Martín González.—104. Los malcasados, de Federico Urales.—105. Del Madrid de mis amores, de Mauro Bajatierra.—106. El corazón de la esfinge, de Angela Graupera.—107. Nuestra Señora del Paralelo, de Federica Montseny.—108. El amor que queda, de V. Márquez Sicilia.—109. De maestro a guerrillero, de Adrián del Valle.—110. Los hijos del otro, de Regina Opisso.—111. El hombre adúltero, de Federico Urales.—112. ¡No, no, eso no!, de A. Fernández Escobés.—113. La pequeña hechicera, de Angela Graupera.—114. Un Abel más malo que Caín, de Aurelio G. Rendón.—115. El derecho al hijo, de Federica Montseny.—116. Los carrilanos, de F. Barthe.—117. Pedro «el Justiciero», de Regina Opisso.—118.—La mujer caída, de Federico Urales.—119. Una aventura original, de Lorenzo Regalado y García.—120. Los caminos del mundo, de Federica Montseny.—121. Micaela, de Diego Ramón.—122. Historia de la Cisca, de A. Fernández Escobés.—123. El retorno a la tierra, de Angela Graupera.—124. La moza alegre, de Federico Urales.—125. Mi honor, ¡no importa!, de Regina Opisso.—126. Contrabando, de